

ÍNDICE

1. «No te fíes de nadie».....	7
2. ¿Qué es la confianza?.....	21
3. La confianza en uno mismo	39
4. La confianza en los demás.....	51
5. ¿Cómo se genera la confianza?	55
6. Confianza en las organizaciones.....	65
7. Confianza en los maestros	73
8. El malvivir del desconfiado	79
9. La tecnología falla	87
10. Confianza y fidelidad.....	99
Epílogo: La confianza ulterior.....	111
Bibliografía.....	125

«NO TE FÍES DE NADIE»

Podrá parecer una broma, pero la frase que repetimos hasta la saciedad a los niños, cuando empiezan a ir y volver de la escuela solos, es precisamente la que va a encabezar este capítulo: «No te fíes de nadie.» Y no falta quien añade «Ni de tu propia sombra».

Al alertar a los pequeños de los peligros de la calle y de las malas personas con las que pueden cruzarse, prevenirlos ante lo que les pueda pasar, empezamos a hacerles perder la confianza inocente e inmaculada que es el estado natural del individuo en su infancia. Impresionados por algunas de las noticias que los medios de comunicación diseminan y magnifican, se nos encoge el corazón y soltamos la aciaga consigna que reiteramos una y otra vez.

Al hacerlo, introducimos la angustiada sospecha en el ánimo de quien nos escucha. Entonces, el niño se da cuenta de que fuera de la pequeña y confortable burbuja del hogar, todo es posible. Al sobresaltarlo, lo prevenimos contra algunos de los males que puede propiciar una confianza excesiva, pero a la vez abortamos de entrada vínculos y relaciones que podrían acabar resultándole fecundos.

La desconfianza les hace protegerse contra los hipotéticos males que les aguardan en la calle, con una coraza bien dura. Una armadura que les hace menos vulnerables, pero que les agobia con un peso del que no se pueden deshacer en todo el día. La frase hace sobreentender que solo en círculos muy íntimos podrán sacársela de encima y relajarse; nunca deberán bajar la guardia en lo más mínimo mientras transiten de una esfera segura a otra.

Hacerse mayor no es sucumbir a la desconfianza sistemática; consiste en tener el criterio de discernir quién puede ser merecedor de confianza y quién no. Algo que no puede saberse de entrada porque las apariencias engañan. Es por

esto que repetir la frase de marras es injusto y poco sensato; al hacerlo, construimos una imagen del mundo que, de tan negativa, induce a no salir nunca de casa, encerrarse en un cuarto y esperar a la muerte.

En el corazón de las relaciones humanas reina la ambigüedad y en un principio no deberíamos sospechar de nadie, cubriendo su aparición y palabras con un manto de desconfianza, puesto que no nos ha dado aún motivos para ello.

Vivir es ensanchar la mente y el espíritu, abrirse a nuevas dimensiones, hollar territorios ignotos, no darse jamás por vencido ni estar de vuelta de nada, aunque esto comporte siempre un riesgo y esto sea justamente lo que queremos evitar. Preferimos la mecánica repetición de liturgias y rituales aprendidos hace ya tiempo, que correr a pecho descubierto bajo la lluvia. El peligro de caerse, experimentar dolor e impotencia, ser traicionados o frustrados, el miedo a perder lo poco que hemos conquistado con tanto esfuerzo, nos impide vivir intensamente, enjaulándonos en una cárcel de oro parsimoniosamente erigida.

Cuando hemos sido traicionados repetidamente, es fácil no volver a confiar en nadie, aunque esto sea inmerecido por la multitud de buenas personas que pueblan el mundo. Tras reiterados fracasos académicos, es lógico desconfiar de las propias dotes de uno para el estudio, pero estos descalabros justamente nos deben hacer ver con mayor nitidez cuáles son las capacidades y posibilidades presentes en nosotros.

Vivir sin confiar en nada o en nadie no es vivir, pero hacerlo confiando en todo o en todos es exponerse a más riesgos de los que ya conlleva la vida. Salir del cuarto es arriesgarse a caer, ser herido, damnificado, traicionado, vituperado y escarnecido, pero quedarse permanentemente encerrado es renunciar a vivir, estar muerto sin haber vivido.

Sabido es que en este discernimiento a menudo pagan justos por pecadores. También es cierto que a veces colgamos la etiqueta con demasiada rapidez y que no damos una nueva posibilidad a quien nos ha fallado, sino que lo estigmatizamos. Desconfiamos de las personas movidos por su as-

pecto externo, por las indumentarias u ornamentos que llevan o por lo que hemos oído decir de ellos, sin haberlo comprobado por nosotros mismos. Los chismes desbocados hacen correr la desconfianza como si fuera pólvora ardiendo, no siempre justamente. En cambio, depositamos nuestra confianza en personas muy acicaladas que gozan de buena prensa, pero que en realidad no deberían merecerla y que acaban frustrándola.

Es fácil equivocarse de antemano y nunca se aprende del todo. Vivir es acostumbrarse a tantear, exponerse al error, caer y levantarse de nuevo. Aunque viviéramos mil años, no obtendríamos la fórmula mágica para definir al otro y entrever sus actos. Cuando una persona no actúa como imaginábamos que haría, esto nos sorprende, sin que podamos extrapolar su reacción a los demás.

Aprender el oficio de vivir es aprender a discernir la calidad de las personas con quienes nos topamos a lo largo de nuestro camino. Consiste en saber optar decisivamente por aquellas que valen realmente la pena, confiar y correr la aventura de relacionarse con ellas. Las equivocaciones del

pasado no pueden convertirse en barreras para el futuro. Las esperanzas del mañana no deben abortarse por los errores pasados. Es evidente que las frustraciones dejan rastro en el alma y que nos amargan la existencia, pero nunca deben ser excusa para cerrarnos en banda y excluir la posibilidad de nuevos encuentros y proyectos.

Que una relación pasada terminase mal no quiere decir que siempre tenga que ser así: las historias del futuro no son una mecánica repetición de las pasadas. Confiar significa darse una nueva oportunidad, abrir un horizonte nuevo, no dejar que las sombras del pasado (que siempre las hay) enturbien las visiones del futuro. Es hacer borrón y cuenta nueva con la memoria y volver a empezar, hacer que la fe renazca a cada instante.

Las experiencias frustrantes no pueden ser una excusa para dimitir de la vida ni, menos aún, practicar una desconfianza airada hacia todo el mundo. De hecho, el cinismo nace de una confianza repetidamente frustrada; nadie viene a este mundo convertido en cínico, esta no es una condición natural. El impulso espontáneo e inmediato de una

persona es confiar, dejarse ir y ponerse en manos del otro.

Aparece como reacción, emerge como respuesta: no hay niños cínicos. El cinismo crece lentamente, es un fenómeno de la edad madura que, muy extrañamente, solo se da en la adolescencia y la juventud. Las traiciones, mentiras, hipocresías y falsedades corrompen el alma bella y noble, que a consecuencia de ello empieza a desconfiar tanto de las buenas palabras y propósitos como de sí misma.

El cínico no cree en nada ni en nadie. Opina que todo es una gran comedia.

Y que hay que representar bien el papel que la vida le ha asignado a uno a fin de no desperdiciar las ventajas del propio rol; pero que no hay nada merecedor del sacrificio, entrega o donación personal. No desenmascara la falsedad de los demás ni la suya. No cree que otro mundo sea posible. Ya no espera la autenticidad y sinceridad de los demás, como no espera las de él. Vive instalado en la gran comedia del mundo y sigue la corriente porque le conviene.

El cinismo es una indigestión de las amarguras de la vida. Del corazón amargado nace un ser que está de vuelta de todo, harto de todo, que no cree en nada ni en nadie, que emponzoña todos los proyectos y se mofa en su fuero interno de los bienintencionados y confiados. El cínico no se fía de nada ni de nadie y aunque aparentemente parece adherirse a algo, un proyecto, una persona o una comunidad, en el fondo no se deshace nunca de su cota de mallas espiritual. Bajo la semblanza del compromiso y las buenas intenciones, del gesto revolucionario, se esconde una persona escéptica que ha hecho de la falsedad su forma fundamental de vida.¹

Aunque sea una grave enfermedad del alma, no es una dolencia incurable. Al igual que el resentimiento, los celos o el miedo, el cinismo aprisiona el espíritu en una mazmorra sin aire donde la persona se asfixia. Aunque se supere, esto no

1. Es importante distinguir el cinismo postmoderno del griego. Ver P. SLØTERDIJK, *Crítica de la razón cínica*, Taurus, Madrid, 1998.

hará que se recobre la ingenuidad pero puede aparecer de nuevo la confianza. El cínico ya no volverá a ser un inocente, aunque podrá reconciliarse con las heridas del pasado y experimentar la fe de nuevo. Si tiene la suerte de toparse con una persona auténtica, transparente, limpia y que no esconda sus intenciones, se transformará y deberá reconocer que aparte de los meros comediantes, hay actores entregados en cuerpo y alma a un proyecto por el que están dispuestos a darlo todo.

La confianza que somos capaces de depositar en los demás tiene mucha relación con la que los otros nos han otorgado. Si hemos sido amados y acogidos desde antes de venir al mundo, si nos hemos sentido deseados y respetados a lo largo de la infancia, tenderemos a apreciar y confiar en los demás. La confianza nunca es fruto de la casualidad ni consecuencia del azar.

Confiamos en los demás porque, antes, hemos sido confiados a otros: confiamos porque hemos sido acogidos y amados. Otros nos han protegido, alimentado y sostenido desde el pri-

mer latido. Sin este inconsciente acto de confianza hecho mucho antes del uso de razón, no habiéramos podido crecer. El invisible lazo indestructible entre madre e hijo es el origen y raíz ulterior de la confianza.

Si nos hubieran menospreciado desde el primer día, difícilmente confiaríamos en alguien. Si hubiéramos sido abandonados en un descampado o convertidos en máquinas que explotar, lo normal sería que no confiáramos en nadie. Por no hacer, ni tan solo hubiéramos sido capaces de crecer.

El amor recibido nos abre a la confianza, nos hace progresar, crea paz en medio del mundo, instaura esa calidad intangible que llamamos *respeto*, en tanto que el desamor engendra desconfianza, miedo y celos. Los niños que han sido maltratados, rechazados o menospreciados, los que han sido abandonados, explotados o utilizados como mercancía, sienten desconfianza hacia el mundo y será muy difícil (aunque no imposible) que lo miren con otros ojos. Para sobrevivir deben esconderse bajo un caparazón porque están atemorizados

por todo, y el miedo paraliza, abortando todo proyecto o relación.

Como escribió la filósofa mística carmelita Edith Stein, «los fundamentos de toda vida en común son la *confianza* y la *consideración*. Un niño que se sepa seguro en el amor de su madre y que no conozca otra cosa que una relación completamente abierta, se relacionará con los demás de una manera franca y confiada, por lo menos hasta que no sea objeto de experiencias malas, pero incluso cuando sufra desilusiones aquí o allá, no perderá su confianza en los hombres mientras permanezca imperturbable su fe en aquella persona tan cercana e importante para él».²

El mejor modo de romper la generalidad de la desconfianza, la manera óptima de edificar un mundo donde sea posible confiar en los demás, consiste en crear relaciones de calidad basadas en la sinceridad y el respeto, en la verdad como norma básica de conducta (incluso en los casos donde

2. E. STEIN, Obras selectas, Monte Carmelo, Burgos, 1998.

aquella sea dolorosa y difícil de digerir). Es mejor enfrentarse a una verdad lacerante que a una mentira lisonjera. Más digno de confianza es alguien que traga saliva para decir aquello que nadie quiere oír, que quien estando dotado con el don de la palabra nunca se atreve a exponer lo que debería ser dicho.

La sinceridad nos hace dignos de confianza, merecedores de ese acto de fe que los otros se disponen a hacer. Un acto al que hay que saber responder, dando motivos a los demás para que continúen manteniendo su apuesta a lo largo del tiempo. La confianza no se juega a partido único, sino a diario, en cada momento y cada decisión. En los instantes de soledad, hay que superar la angustia de la libertad y optar con decisión por lo valioso y bello. Aunque los demás no puedan observarnos siempre, nosotros no cesamos de observarnos. Podemos jugar al escondite inglés, pero no podemos engañarnos por mucho que nos quedemos quietos a la hora de la verdad.

Existen espacios especialmente dependientes de nosotros donde tenemos la capacidad de intro-

ducir vínculos buenos. Si somos francos y abiertos, sin quererlo, propagaremos el valor de la confianza; entonces, nadie podrá decir impunemente esto de: «¡No te fíes de nadie!»